

---

## AVENTURAS DE UN MACUTO

[1950]

En septiembre de 1914 fue llamado a filas a uno de los rojos cuarteles de ladrillo de Bromberg un hombre llamado Joseph Stobski, quien, si bien según sus papeles era ciudadano alemán, apenas dominaba el idioma de su patria oficial. Stobski tenía veintidós años, era relojero y no había hecho el servicio militar debido a «deficiencias constitucionales»; provenía de un pueblecito polaco adormilado que se llamaba Niestronno, había vivido arrinconado en el cuarto de atrás de la choza paterna, dibujado grabados, delicados grabados en el oro falso de los relojes de pulsera y reparado los relojes de los campesinos; en los descansos, echaba el pienso al cerdo, ordeñaba la vaca y, por la tarde, cuando la oscuridad caía sobre Niestronno, no iba a la taberna, ni al baile, sino que incubaba un invento, con los dedos sucios de aceite tanteaba infinitas ruedecillas, liaba cigarrillos que se consumían casi todos solos sobre el borde de la mesa, mientras su madre contaba los huevos y se quejaba del enorme consumo de petróleo.

Pertrechado con su caja de cartón ingresó en el rojo cuartel de ladrillo de Bromberg, aprendió la lengua alemana, por lo menos la que abarcaba el vocabulario de consignas, órdenes y piezas del fusil; además se familiarizó con el oficio del soldado de infantería. En las horas de instrucción decía haiga en lugar de haya, cañon en lugar de cañón, blasfe-



maba en polaco, rezaba en polaco y, por las tardes, contemplaba melancólico el paquetito con las ruedecillas sucias de aceite en su armario marrón oscuro antes de irse a la ciudad para ahogar en aguardiente su justo dolor.

Tragaba la arena de los brezales de Tichel, escribía postales a su madre, le enviaban tocino, los domingos se evadía de los oficios divinos oficiales y se iba a escondidas a una iglesia polaca, donde podía arrojarle sobre las losas, llorar y rezar, aunque tales sentimientos no estuvieran en consonancia con un soldado vestido con el uniforme de la infantería prusiana.

En noviembre de 1914 se le consideró lo bastante instruido como para poder viajar a Flandes atravesando toda Alemania. Había arrojado el suficiente número de granadas en la arena de los brezales de Tichel, había disparado lo indispensable en el campo de tiro, y Stobski envió a su madre el paquetito con las ruedecillas sucias de aceite, escribió además una tarjeta postal, se dejó meter en un vagón de ganado y comenzó el viaje a través de su patria oficial, cuya lengua materna, al menos por lo que se refería a órdenes, dominaba ya. Dejó que unas exuberantes muchachas alemanas le sirvieran café, que metieran flores en el cañón de su fusil, aceptó cigarrillos, una vez recibió incluso el beso de una mujer de cierta edad, y un hombre con quevedos, apoyado en la barrera de la estación, le gritó con voz muy clara un par de palabras en latín de las que Stobski sólo comprendió «tandem». Con dicha palabra, se dirigió en busca de ayuda a su inmediato superior, el cabo Habke, quien a su vez le murmuró algo como «bicicleta», negándose a dar más explicaciones. Así fue como Stobski, sin darse cuenta, dejándose besar y besando, cargado de flores, chocolate y cigarrillos, atravesó el Oder, el Elba, el Rin y diez días después fue descargado en la oscuridad, en una sucia estación belga. Su compañía se reunió en el patio de una granja y el capitán gritó en la oscuridad algo que Stobski no comprendió. Luego les dieron *gulasch* con fideos que pasó a las bocas rápidamente desde

una cocina de campaña que había en un establo mal iluminado. El suboficial Pillig pasó otra vez revista, le soltó una corta arenga y, diez minutos después, la compañía marchaba hacia el oeste; desde ese cielo occidental llegaba el famoso sonido atronador parecido a una tempestad, a veces venían desde allí ladridos rojizos, comenzó a llover, la compañía dejó la carretera, casi trescientos pies andaban a tientas por sendas enfangadas; cada vez se acercaba más esa tempestad artificial, las voces de los oficiales y suboficiales se hicieron roncacas, todo se volvió desagradable. A Stobski le dolían los pies, le dolían muchísimo, además estaba cansado, muy cansado, pero siguió arrastrándose hacia delante, a través de oscuros pueblos, por sucios caminos, y a medida que se iban acercando, la tempestad se oía cada vez más desagradable, cada vez más artificial. Entonces, las voces de oficiales y suboficiales adquirieron una curiosa suavidad, casi ternura y, a derecha e izquierda, se oía desde invisibles caminos y sendas el trote de infinitos pies. Stobski se dio cuenta de que estaban ya en medio de la tempestad artificial, que en parte ya la habían superado, pues tanto delante como detrás de ellos sonaba el rojizo aullador, y, cuando dieron la orden de desplegarse, corrió a la derecha del camino, se pegó al cabo Habke, oyó gritos, explosiones, tiros y las voces de los oficiales y suboficiales se volvieron de nuevo roncacas. A Stobski le seguían doliendo los pies, le dolían los pies, le dolían muchísimo, se olvidó de Habke, se sentó en un prado húmedo que olía a estiércol de vaca y pensó lo que en polaco correspondía aproximadamente al dicho de Götz von Berlichingen: 'Se quitó el casco, dejó el fusil en la hierba a su lado, soltó las hebillas de su macuto, pensó en sus amadas ruedecillas sucias de aceite y se durmió en medio de un estruendo altamente bélico. Soñó con su madre polaca, que freía tortitas en la pequeña y calien-

1. «Que me chupen el c...», frase de Götz von Berlichingen, de la obra dramática del mismo nombre, de J. W. v. Goethe. (Nota del traductor.)



te cocina, y le pareció raro que las tortitas, en cuanto parecían estar a punto, explotaban en la sartén con un gran ruido y no quedaba nada de ellas. Su madre iba echando cada vez con mayor rapidez trozos de masa con el cucharón, las tortitas se juntaron al freír, explotaron un momento antes de estar listas y de repente su madre se enfureció —Stobski tuvo que sonreír en sueños, pues su madre jamás se enfurecía en serio— y echó todo el contenido de la masa de un golpe en la sartén; una torta grande, espesa, amarilla, tan grande como la sartén, que fue aumentando, tostándose, hinchándose; la madre de Stobski sonrió complacida, tomó la paleta para pasteles, la empujó bajo la torta y —¡pum!— se oyó una explosión espantosa, y Stobski ya no tuvo tiempo de despertarse, pues estaba muerto.

A cuatrocientos metros del lugar donde fue alcanzado Stobski unos soldados de su compañía encontraron ocho días después en una trinchera inglesa su macuto con un trozo del desgarrado cinturón; en este mundo no se encontró nada más de él. Y cuando se halló en la trinchera inglesa el macuto de Stobski con un trozo de salchichón de su pueblo, la ración de reserva y un libro de oraciones en polaco se supuso que el día del ataque Stobski, en una acción de increíble arrojo heroico, se adentró en las líneas inglesas y murió allí. Y así fue cómo la madre polaca recibió en Niestronno una carta del capitán Hummel, que informaba de la gran heroicidad del soldado raso Stobski. La madre cita le pidió al párroco que le tradujera la carta, lloró, dobló la carta, la guardó entre las sábanas y encargó tres misas de difuntos.

Pero los ingleses recuperaron rápidamente la trinchera y el macuto de Stobski cayó en manos del soldado inglés Wilkins Grayhead. Este se comió el salchichón, arrojó extrañado el devocionario polaco en el barro flamenco, enrolló el macuto y se lo guardó en su mochila. Grayhead perdió la pierna izquierda dos días después, fue transportado a Londres, dado de baja nueve meses más tarde del Royal Army, se le adjudicó una pequeña renta y se hizo

portero de un banco londinense, pues ya no podía ejercer el honorable oficio de conductor de tranvía.

Ahora bien, los ingresos de un portero no son magníficos y Wilkins había traído de la guerra dos vícios: se emborrachaba y fumaba, y, como sus ingresos no le bastaban, comenzó a vender las cosas que le parecían superfluas; y para él casi todo era superfluo. Vendió sus muebles, se los bebió, vendió toda su ropa menos un traje muy raído y, cuando ya no tuvo nada que vender, recordó el sucio hatillo que había dejado en el sótano al ser licenciado del Royal Army. Y entonces vendió la oxidada pistola del ejército que había sustraído, un toldo de tienda de campaña, un par de zapatos y el macuto de Stobski. (Unas pocas palabras más sobre Wilkins Grayhead: degeneró. Entregado sin remedio a la bebida, perdió el honor y el puesto, se hizo maleante, terminó en la cárcel a pesar de la pierna perdida que reposaba en Flandes y terminó allí sus días, corrompido hasta la médula, haciendo de todo.)

El macuto de Stobski permaneció exactamente diez años en la lúgubre cueva de un traficante de trapos viejos de Soho, hasta el año 1926. El verano de dicho año, el chararilero Luigi Banollo leyó muy atentamente la carta de una cierta casa Handsupers Ltd. que evidenciaba tan abiertamente su interés por toda clase de material de guerra que Banollo se frotó las manos. Revisó con su hijo todas sus existencias y salieron a la luz: veintisiete pistolas de reglamento, cincuenta y ocho marmitas de campaña, más de cien toldos para tienda de campaña, treinta y cinco mochilas, dieciocho macutos y veintiocho pares de zapatos, todos procedentes de los diferentes ejércitos europeos. Por todo el pedido, Banollo recibió un cheque por valor de 18,20 libras esterlinas, librado contra un banco de los más sólidos de Londres. Banollo, calculando en bruto, había obtenido una ganancia del quinientos por ciento. Banollo junior consideró ante todo la desaparición de los zapatos como un alivio casi indescriptible, pues él estaba encargado de cepillarlos, darles grasa, en una palabra, de cuidarlos, una tarea cuya envergadura



comprenderá cualquiera que haya tenido que cuidar alguna vez un par de zapatos.

Pero la casa Handsuppers Ltd. vendió todos los trastos que había comprado a Banollo con una ganancia del ochocientos cincuenta por ciento (eran sus intereses normales) a un estado sudamericano que hacía tres semanas había llegado al convencimiento de que un país vecino le amenazaba y se había decidido a adelantarse a dicha amenaza. El macuto del soldado raso Stobski, que había sobrevivido al transporte en la panza de un sucio buque (la casa Handsuppers sólo se servía de buques sucios), fue a parar a manos de un alemán llamado Reinhold von Adams, quien había hecho suya la causa del estado sudamericano por un anticipo de cuarenta y cinco pesetas. Von Adams se había bebido ya doce de las cuarenta y cinco pesetas cuando fue instado a hacer realidad su promesa y a avanzar bajo la dirección del general Lalango y en los labios el grito de «Victoria y botín», sobre la frontera del país vecino. Pero Adams recibió una bala entre los dos ojos y el macuto de Stobski fue a parar a manos de un alemán llamado Wilhelm Habke, quien, por un anticipo de sólo treinta y cinco pesetas, había hecho suya la causa del otro país sudamericano. Habke se embolsó el macuto, las restantes treinta y tres pesetas y, además, encontró un pedazo de pan y media cebolla, que había prestado su olor a los billetes. Pero las ideas éticas y estéticas de Habke eran mínimas: añadió su paga, hizo que le pagaran treinta pesetas de anticipo al ser nombrado cabo del victorioso ejército nacional y, cuando abrió la solapa del macuto y vio en ella el sello en tinta negra VII/2/II, se acordó de su tío Joachim Habke, que había servido y caído en ese regimiento; entonces le invadió una gran nostalgia. Pidió el retiro, recibió un retrato del general Gublánez y llegó tras muchos rodeos a Berlín y, al tomar el tranvía en el zoológico para dirigirse a Spandau, pasó, sin tener la menor idea, ante la intendencia del ejército donde el macuto de Stobski había estado almacenado en 1914 durante ocho días hasta ser enviado a Bromberg.

Habke fue recibido amablemente por sus padres, volvió a su verdadero oficio de expedidor de comercio, pero pronto se mostró su inclinación a los errores políticos. El año 1929 se alistó al partido del feo uniforme pardo, descolgó de la pared el macuto, que tenía sobre la cama junto al retrato del general Gublánez, y lo dedicó a fines más prácticos: lo añadió al uniforme pardo cuando se iba los domingos al brezal a hacer instrucción. En los entrenamientos, Habke destacaba por sus conocimientos militares; se tiró sus faroles, presumió de jefe de batallón en aquella guerra sudamericana, aclaró detalladamente cuándo, cómo y dónde había puesto en acción armamento pesado. Había olvidado que todo lo que hizo fue meterle una bala entre los ojos al pobre Von Adams, robarle sus pesetas y hacerse dueño del macuto. Habke se casó en 1929 y en 1930 su mujer dio a luz un niño al que pusieron el nombre de Walter. Walter creció sano, aunque sus dos primeros años de vida estuvieron bajo el signo del subsidio de paro; pero ya desde los cuatro años tuvo todas las mañanas galletas, leche condensada y naranjas y, cuando cumplió los siete, recibió de su padre el desteñido macuto con las palabras: «Conservalo con honor, proviene de tu tío abuelo Joachim Habke, quien de soldado raso ascendió a capitán, sobrevivió dieciocho batallas y fue fusilado en 1918 por los rebeldes rojos. Yo mismo lo llevé en la guerra sudamericana en la que era sólo teniente coronel y donde habría podido llegar a general, si la patria no me hubiera reclamado.»

Walter hizo un altísimo honor al macuto: lo unió a su propio uniforme pardo desde el año 1936 al 1944. A menudo se acordaba de su heroico tío abuelo, de su heroico padre y, cuando pernoctaba en algún granero, colocaba el macuto cuidadosamente bajo su cabeza. En él guardaba pan, queso fundido, mantequilla y su cancionero; lo cepillaba, lo lavaba y era tanto más feliz cuando el color amarillento se iba convirtiendo en un delicado blanco. No podía imaginarse que el legendario y heroico tío abuelo había muerto siendo cabo en el barro de los campos



de Flandes, no lejos del lugar donde un impacto había matado al soldado raso Stobski.

Walter cumplió los quince, aprendió a duras penas inglés, matemáticas y latín en el instituto de Spandau, veneraba el macuto y creía en los héroes hasta que él mismo se vio obligado a ser uno de ellos. Hacía mucho tiempo que su padre había sido llevado a Polonia para imponer el orden de alguna forma en algún lugar y, poco después de que el padre regresara furioso de Polonia, fumando cigarrillos y murmurando «traición», paseando de aquí para allá en el estrecho cuarto de estar de Spandau, poco después Walter Habke fue obligado a ser un héroe.

Una noche de marzo de 1945 se encontraba a la salida de un pueblecito de Pomerania detrás de una ametralladora, escuchaba el ronco tronar tempestuoso que sonaba exactamente igual que en las películas; apretó el gatillo de la ametralladora, agujeó la noche oscura y sintió ganas de llorar. Oyó voces en la noche, voces que no conocía, siguió disparando, metió otro cargador, disparó y, cuando hubo agotado el segundo cargador, se dio cuenta de que reinaba un silencio absoluto. Estaba solo. Se levantó, se enderezó el cinturón, se aseguró de que llevaba el macuto y se adentró lentamente en la noche, hacia el oeste. Había comenzado a hacer algo muy nocivo para la heroicidad: había comenzado a pensar, pensaba en el estrecho pero acogedor cuarto de estar, sin saber que pensaba en algo que ya no existía; el joven Banollo, quien una vez tuvo en sus manos el macuto de Walter, ya había cumplido entretanto los cuarenta, había volado sobre Spandau en un bombardero, había abierto la escotilla y destruido el estrecho pero acogedor cuarto de estar, y el padre de Walter se paseaba ahora de arriba abajo en el sótano del vecino, fumaba cigarrillos, murmuraba «traición» y tenía un sentimiento desordenado cuando pensaba en el orden que había impuesto en Polonia.

Walter siguió andando pensativo en la noche hacia el oeste; encontró al fin un granero abandonado, se sentó, puso el macuto sobre sus piernas,

lo abrió, comió chusco, margarina, un par de caramelos y así le encontraron unos soldados rusos: durmiendo, con rostro lloroso, un quinceañero, con cargadores ya disparados al cuello y olor de caramelos ácidos en su aliento. Lo agregaron a empujones a un convoy y Walter Habke partió hacia el este. Jamás volvería a ver Spandau.

Mientras tanto, Niestronno había sido alemán, volvió a ser polaco, otra vez alemán, otra vez polaco y la madre de Stobski tenía setenta y cinco años. La carta del capitán Hummel seguía en el armario que, desde hacía mucho tiempo, ya no albergaba sábanas: la señora Stobski guardaba allí patatas, muy al fondo, detrás de las patatas guardaba un jamón grande, en una fuente de porcelana había huevos y en la oscuridad, en lo más hondo, un bidón de aceite. Debajo de la cama se amontonaba la leña y en la pared brillaba la rojiza lamparilla de aceite ante la imagen de la Virgen de Chestokova. Detrás de la casa, en el establo, haraganeaba un cerdo flaco, ya no había vaca, y en la casa alborotaban los siete hijos de los Wolniak, cuya vivienda de Varsovia había sido destruida. Y fuera, en la calle, pasaba mucha gente: soldados derrotados con pies desgarrados y rostros ensombrados. Pasaban casi cada día. Al principio, Wolniak permaneció quieto en la calle, lanzando juramentos, agarrando de vez en cuando una piedra, tirándola incluso, pero ahora se había quedado atrás, donde antaño Joseph Stobski reparaba relojes, grababa pulseras y trabajaba por la noche en sus ruedecillas sucias de aceite.

En 1939 habían pasado ante ellos, hacia el este, prisioneros polacos, otros prisioneros polacos hacia el oeste, después pasaron prisioneros rusos hacia el oeste y ahora, desde hacía tiempo, pasaban hacia el este prisioneros alemanes, y aunque las noches eran todavía frías y oscuras y profundo el sueño de las gentes de Niestronno, se despertaban cuando, en la noche, hería las calles el suave trote de unos pies.

La señora Stobski era una de las primeras en



levantarse en Niestromno. Se ponía un abrigo sobre el camión verdoso, encendía la estufa, llenaba de aceite la lamparilla ante la imagen de la Virgen, llevaba la ceniza al estercolero, echaba el pienso al flaco cerdo y regresaba a su cuarto para mudarse e ir a misa. Y una mañana de abril de 1945 encontró en el umbral de su casa a un hombre rubio, muy joven, que sujetaba fuertemente con sus manos un macuto descolorido. La señora Stobski no gritó. Dejó en el alféizar de la ventana el bolso negro de punto en el que llevaba el devocionario, un pañuelo y unas briznas de tomillo, se inclinó sobre el joven y vio inmediatamente que estaba muerto. Tampoco gritó ahora. Era todavía de noche, sólo tras los ventanales de la iglesia lucía una luz amarillenta y la señora Stobski quitó cuidadosamente el macuto de las manos del muerto, el macuto que una vez contuvo el devocionario de su hijo y un trozo de salchichón casero de uno de sus cerdos, arrastró al joven a las baldosas del corredor, fue a su habitación, se llevó el macuto, como por casualidad, lo tiró sobre la mesa y revolvió un paquete de billetes de zloty sucios, casi sin valor. Luego se dirigió al pueblo para despertar al enterrador.

Más tarde, cuando el joven ya estaba enterrado, encontró el macuto sobre la mesa, lo tomó, vació, buscó el martillo y dos clavos, los clavó en la pared, colgó allí el macuto y decidió guardar en él sus cebollas.

Si hubiera levantado un poco más la solapa del macuto, y lo hubiera abierto del todo habría descubierto el sello de tinta negra que llevaba el mismo número que el sello en el membrete de la carta del capitán Hummel.

Pero nunca abrió tanto el macuto.

## NO SOLO EN NAVIDAD

[1951]

### I

En nuestra parentela se hacen visibles unos síntomas de decadencia que, durante cierto tiempo, se han procurado pasar por alto tácitamente, pero ahora se está decidido a mirar el peligro cara a cara. Todavía no me atrevo a hablar de derrumbamiento, aunque los hechos intranquilizadores se multiplican de tal manera que constituyen un peligro y me obligan a informar de cosas que sonarán raras a los oídos de los contemporáneos, pero cuya realidad nadie puede discutir. El moho de la descomposición se ha enquistado bajo la gruesa y dura corteza del decoro, se han formado colonias de parásitos mortales que anuncian el fin de la integridad de toda una estirpe. Hoy tenemos que lamentar haber desoído las advertencias de nuestro primo Franz, quien comenzó a llamar la atención con mucho anticipo sobre las terribles consecuencias que tendría un acontecimiento «en sí» inocuo. El acontecimiento mismo era tan insignificante que ahora nos asusta la magnitud de sus consecuencias. Franz dio la alarma a tiempo. Desgraciadamente no gozaba de demasiada reputación. Franz eligió un oficio que hasta entonces no se había dado nunca en nuestra parentela y que no debería haberse dado: se hizo boxeador. Ya melancólico en su juventud y de una piedad que siempre fue calificada